



CARLOS MAXIMILIANO CAGEL

“Mi nombre es Carlos Maximiliano Cagel. Nací el 18 de Noviembre de 1990 en Buenos Aires, ciudad en la que vivo actualmente. Soy estudiante de la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la Universidad de Buenos Aires, en la cual, además de llevar a cabo mi carrera, trabajo como investigador y ayudante de cátedra. Me gustan mucho también los deportes: practico natación y hago gimnasio. En mi vida, he probado un poco de todo: fútbol, básquet, tennis y equitación. Mis gustos musicales son variados, pero en cuanto a géneros puedo decir que mis preferidos son el Jazz, el Blues, el Metal y el Rock Progresivo. Toqué 10 años el violín en la orquesta del colegio al que asistí, estudié 5 años guitarra y 2 años saxo alto, instrumento que toco actualmente en una Banda de Jazz. A los 15 años, tomé un gusto especial por la escritura y empecé a escribir poemas y, luego, cuentos. Con respecto a los autores que más influyeron en mí, puedo nombrar a Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez, Roberto Fontanarrosa, Julio Cortázar, Roberto Arlt, entre otros.”

Contacto: maximiliano.cagel@gmail.com

Te Amo

Tengo grabados en mi mente

Esos hermosos momentos.

Abrazos, besos, caricias.

Muero por estar contigo.

Oigo tu corazón, lentamente.

Te extraño cuando no estás.

Es sagrada tu presencia.

Amor constante, amor eterno.

Mujer, para mí eres única.

Ostento mi vida, mi afecto.

Todo lo que yo anhelaba

Es quien hoy está conmigo.

Agradezco poder tenerte.

Mírame, estoy completo.

Óyeme, es esto lo que siento...

Te Amo.

Olvido y melancolía

Antigua edificación. Siglo pasado, seguramente. ¿Y sus habitantes? También, siglo pasado. Era una de esas casas olvidadas al fondo de una calle sinuosa, como la prolija cursiva de un escritor, sin salida. Los hijos de los vecinos frecuentaban sus vidrios, por pura travesura. Al dueño parecía no importarle esto, ya que nunca se hacía visible. Es más, nadie recordaba haberlo visto. Pero él sí estaba. Observaba tranquilo desde una ventana casi tapiada por las mismas enredaderas todos los movimientos de los niños. No se preocupaba por sus vidrios, ya los arreglaría, ya habría tiempo. Otros asuntos requerían de su atención.

Paseaba sus ojos color café por la habitación llena de polvo y de recuerdos. Quizás había más recuerdos que polvo, pero su memoria no era la misma de antes. Él veía más polvo que recuerdos. Diminutos puntos marrones por toda la habitación. Una atmósfera gris. Un pasado en el que alguien alguna vez hubiera interpretado en aquel piano de cola, ubicado en un rincón perdido, la Overtura de Egmont de Beethoven o su tan conocida Novena Sinfonía. Un pasado lleno de música y vida, de pasión y calidez, un pasado sin duda ajeno al presente.

Volvía la vista por la ventana hacia la calle y los niños ya no estaban, se habían ido, como tantos años de su vida. Entonces recordaba que debía bajar las escaleras para prepararse algo de comer. Giraba sobre sí mismo con dificultad. "Los años no vienen solos" , pensaba para adentro. Dejó escapar una mirada fugaz al piano al pasar por su lado, cerrando la puerta al salir.

Unos pequeños ojos rojos lo observaron desde el final del pasillo por unos segundos, hasta que desaparecieron por un agujero en el socalo de la

pared descascarada. La escalera seguía en el mismo lugar de siempre. A veces, no sabía si era su imaginación o el efecto de las dos copas de vino antes de acostarse, pero parecía como si su escalera hubiera cobrado vida y se hubiese movido al otro lado del living. Bajó lentamente escalón por escalón, hasta hacer pie en la frialdad de la madera de la planta baja. Creyó escuchar cómo algo había movido las sábanas sobre el sofá, cubiertas por décadas y décadas de suciedad. Nada. No era nada. Un reloj cucú que no funcionaba, un espejo roto, cansado de devolver el reflejo de la persona frente a él, un closet viejo de madera gastada por los años, cuya llave se había perdido alguna vez y vaya a saber uno qué había quedado allí dentro. Tal vez algunas copas de cristal. O algunos manteles bordados a mano. ¿Quién sabe?

Pasó por la puerta que conecta el living con la cocina. Abrió lo que parecía una alacena. Vacía. La heladera, también. De pronto recordó las palabras de su esposa: “yo me ocupo de limpiar la casa, vos andá a hacer los mandados” . Él había ido a hacer los mandados, pero ella no había limpiado la casa. ¿O sí? ¿Cuánto había tardado en hacer las compras? Sí. Él había vuelto y estaba todo como antes, como ahora. Desganado, caminó nuevamente hacia el living, quitó la vieja y sucia sábana del sofá, desplomándose sobre él. Cerró los ojos y sintió cómo el hambre lo abandonaba.

“Un kilo de pan, quinientos gramos de manteca, dos botellas de vino tinto, tres kilos de papa y media docena de huevos” , se repetía para adentro. Una, dos, tres, cuatro, cinco veces. Sexta repetición y – “¡Discúlpeme!” . Una señorita de pollera atrevidamente corta, con un escote lo bastante visible para un hombre de anteojos como él, lo había atropellado. O él la había atropellado a ella. No importa. Poco tardó en saber su nombre, su dirección, su teléfono. M.E., Martín Fierro 2378, cuarto piso, 44266988.

Menos de media hora había pasado desde el inesperado encuentro, cuando ya se encontraban viajando juntos en el colectivo.

El portero los saludó con naturalidad, como si ya los conociera. A ella sí, obviamente, pero, ¿a él? Tomaron el ascensor hasta el cuarto piso. Primer piso y su mano derecha encontró un cálido recoveco debajo de su falda. Segundo piso y su mano izquierda ya había conocido la suavidad de su espalda. Tercer piso y, si no hubiera sido por el súbito e inevitable *stop* del ascensor, la pareja hubiera visitado el infinito. Entre besos y latidos, infierno y cielo, amor y lujuria, caminaron hacia la puerta del departamento. A duras penas, ella logró abrir la puerta, él la cerró. Eso es lo último que recuerda de la realidad. Días, segundos, años, minutos, centurias, horas, milenios pasaron en ese cuarto. Se fundieron en lo que, a la vista de cualquiera, hubiera sido una extraña figura. Juntos eran uno.

Despertó. No estaba seguro si había sido aquel insoportable sueño o el hambre los culpables de volverlo a la realidad. "M.E. ... Ese nombre me suena" , pensó. "¿Quién era? ¿De dónde había salido esa mujer? ¡Qué hambre!" . Extendió las piernas, se paró y cruzó el living directo hacia la vieja puerta de entrada. Hizo una pausa. Sabía que no había buscado en todos los muebles de la cocina. No. Le convenía saber que no lo había hecho. Esas pulgas debían estar esperándolo afuera con bombuchas de agua, huevos o alguna otra maldad entre manos. Giró sobre sí mismo y se dirigió hacia la cocina. Abrió todas y cada una de las puertas en busca de algún alimento. Cualquiera. Nada. Se sentó en la silla ubicada en la cabecera de la mesa. Miró con el mismo desprecio con el que había mirado durante cincuentaytantos años de casados aquel viejo televisor que entretenía a su esposa, cual buen amante. ¿Y su esposa? Buena pregunta. Se paró con dificultad. Pasó por enésima vez la puerta del living. La escalera se había movido de nuevo. ¿No?

Sí. Agarró firmemente la baranda de roble y comenzó a subir. No recordaba que tuviese tantos escalones. Claramente, la subida no era tan placentera como la bajada. Nunca lo es. Las cosas parecen mucho más fáciles cuando se va camino abajo; es rápido, es cómodo, es espontáneo. Exactamente. Es espontáneo. En cambio, el camino contrario es tan difícil, sobre todo para alguien de su edad. Mentira. Las dificultades son sólo obstáculos de la mente, límites que uno se pone para poder decir algo tan patético como: "basta" .

"Mercedes" , dijo con su voz apagada mientras se volvía para mirar a un lado y al otro del pasillo. Silencio sepulcral. Caminó hacia su habitación, casi arrastrando los pies. La cama estaba deshecha y cubierta por años de polvo. No hacía tanto había salido de su cuarto. "¿Qué tan rápido pasa el tiempo en esta casa?" , se preguntó casi irónicamente. El sonido de alguna madera suelta lo sobresaltó. Caminó lo más rápido que pudo hacia el pasillo y creyó ver una sombra deslizarse hacia lo que él recordaba era su biblioteca. Cientos de libros pusieron su atención en él, siguiendo cada uno de sus movimientos. Miraba, curioso y asustado, a su alrededor. Se sentía observado, acechado. Un fuerte dolor en lo profundo del pecho lo invadió y las piernas comenzaron a temblarle. Como un árbol de secuoya antiguo y gastado por las travesuras de la naturaleza, se desplomó junto al escritorio. Sentía cómo el alma abandonaba al cuerpo, cómo, finalmente, llegaba su otoño. "Mercedes" , murmuró y ella contestó: "los celos hicieron de mi cenizas, la culpa no hará de ti mucho menos" .

"M. y M."

“Los árboles mueren de pie...”

No había palabras más crueles que las de aquella noche. Brotaban como agua de la cascada más dulce y pura.

Pensamientos frívolos, todos y cada uno de ellos expresados con total naturalidad, como si sus agudas palabras no tuviesen importancia para aquel pobre infeliz.

De su boca salían dagas bañadas en veneno, dirigidas directamente al corazón del desgraciado, inmóvil ante tal situación.

Se encargó de herir profundamente a la figura incomprendida que, ante ella, todavía estaba de pie. Figura de antaño. Figura de un hombre al que, insensiblemente, habían enterrado vivo. Figura desgastada por las frías oraciones que surgían de su boca, sin cesar.

No había peor tortura que poseer los cinco sentidos en ese momento. Uno por uno, se irían apagando, como las estrellas con el correr del tiempo. La vista se le nublabá y la oscuridad se adueñó de él. Su oído ya no podía dejar pasar las víboras que, lentamente, iban carcomiéndole el cerebro. El olfato lo perdió al dejar de respirar, su ahogo era tal que creíase muerto. Las atrocidades, reales, pero atrocidades al fin, que expresó tan libremente tenían gusto a infierno. Ardió también su lengua. La sorpresa, la tristeza, la angustia y la congoja que vagaban por su ser, terminaron por quitarle el tacto. Ya poco quedaba del inútil.

Cuando terminó de decir todo, clavó el color miel de su mirar en los ojos café del muchacho, humedecidos por las lágrimas que, seguramente, crearían un mar, perdidos en el universo, inmersos en la penumbra. Soltó una sonrisa desafiante, provocadora que terminó por generar en el miserable, el silencio infinito de su alma. Dio media vuelta y caminó decididamente, sin voltear. Desapareció para siempre, llevándose consigo toda una vida de esfuerzos y sacrificios, de ideas y proyectos, de valores y sentimientos. Y de esto, ni siquiera dio cuenta, era uno más que sumaba su experiencia.

Él quedó allí. Permaneció petrificado por el resto de la eternidad en ese maldito lugar, sin realizar un sólo movimiento. Pensaba únicamente qué hubiera sido de su relación si jamás hubiese liberado tímidamente sus sentimientos. La respuesta no la encontró, ni la encontrará, pero él sigue allí parado, estático, pensando...

Desierto

Mi ira se plasma en un accionar

En un destruir

En un no pensar

Sólo en hacer

Mi tristeza se torna en una inmensa quemadura por dentro

Que carcome

Que inmoviliza

Que lastima, pero no hay lágrimas.

Pero mi amor no lo veo

No lo siento

Eso es lo que falta

Sentimientos

En el universo me pierdo pensando

¿Qué será de mí si sentimientos no tengo?

Una máquina imparable

Un corazón impenetrable

Sólo un cerebro pensante

Y unos ojos que ven

Pero mi corazón se mantiene

Inmóvil, no late, no siente.

Destino

“Entrá” , decía una voz suave y persuasiva en mi cabeza, mientras me encontraba en la puerta de aquel laberinto. Desde allí podía ver el final del imposible y decenas de chicos saliendo con una sonrisa molesta a la vista, como si les hubiera resultado fácil elegir el camino que los conduciría a la salida. No aguantaría que niños más jóvenes pudieran resolver semejante acertijo físico y yo no. Ingresé, decisión de la que más tarde me arrepentiría. Caminé en línea recta por más de una hora, según creo, porque reloj no llevaba. Luego, me encontré en una encrucijada de ocho caminos. Después de tanto pensar, recordé el consejo de alguien muy importante para mí: “a veces las cosas no se deben pensar tanto, sólo se deben hacer” . Cerré los ojos, di ocho vueltas y comencé a caminar. El camino se hizo más angosto y sinuoso. Curvas, demasiadas curvas. La desesperación y el miedo me invadían. Deseaba con todo mi corazón jamás haber entrado al maldito laberinto. Pedí auxilio, pero nadie respondía. Estaba sólo. No era la primera vez. Mi mirada se perdió en lo más profundo de mí ser y, así, aprendí a mirar hacia adentro. Mi corta vida me pasaba por delante, zambulléndome en todos aquellos momentos felices y no tan felices, recuerdos, memorias de un pasado lejano que estaba cerca. Y vi una luz. Corrí hacia ella y salí. Estaba nuevamente en la entrada del laberinto, viendo cómo centenares de chicos salían riendo, como si hubiera

sido un juego fácil. Esas personas de corta edad eran mucho más jóvenes que yo. Era el único adolescente... Y comprendí todo, supongo. Ese laberinto era un recuerdo físico de la vida de la persona. Fui recorriendo mi vida, paso a paso, sin darme cuenta. No puede ser tan difícil la vida a los 6 años (por eso los chicos entraban y salían como si fuera un juego fácil), pero a medida que crecemos la dificultad aumenta. Entonces, me pregunté, ¿mi vida ya estaba escrita? ¿Había ya un camino predeterminado que me diría cuántas veces tendría que doblar, cuántos caminos debería tomar, cuánto tendría que caminar hasta ya no dar más? No lo creo. Si ese laberinto representa mi destino, no volveré a entrar. No hay nadie que haya redactado mi vida, porque el único que puede hacer eso soy yo. No creo en el destino, creo en mi habilidad para escribir...

La Bestia

**Tiemblan las rejas. Ruge la noche.
El alma se desgarrá, sangra y no cicatriza.
Trata de salir.
Es la bestia.**

**En la oscuridad, dos ojos color infierno vigilan todo.
No tiene sentimientos.
Encuentra y destruye.
Es la bestia.**

**Ruidos metálicos rompen el silencio.
Inaudibles para el oído humano.
Lo haría trizas.
Nervios de acero. Invencible. Es la bestia.**

**La jaula se rompe.
El monstruo está libre.
No hay vuelta atrás.
El final es inevitable.**

**Uno por uno caerán, como las estrellas del cielo.
La bestia los juzgará y decidirá.
Se ha desatado, acaba de comenzar...
Sólo es el principio del fin. Es la bestia...**

Infinito

Ella mintió. Su farsa era tan creíble como una hermosa y fina capa de seda blanca que cubre la jaula de la bestia más salvaje y mortal. Mis ojos se abrieron y Ella los cerró al instante, pero era tarde. Ya lo había visto.

Mi ingenuidad se perdió. Recordada en el pasado, olvidada en el presente, de ella nada quedó.

Mi corazón se volvió frío, como un témpano de hielo. Corazón helado. Corazón de piedra. ¿Es corazón?

Mis esfuerzos por volver a ser feliz fueron inútiles. Las lágrimas encarcelaban mi alegría. Mi enojo e ira crecían. Estaba criando una bestia. Ya no sentía con el corazón, sino con el cerebro. No era el mismo de antes.

Pasó un tiempo. Desconozco cuánto: diez segundos, un minuto, tres horas, cinco días, siete meses, cuatro años, nueve décadas, un siglo, dos milenios, mil infinidades...

Otra apareció. Era parecida a Ella, pero no era Ella. Quizás me equivoque. Quizás sí era Ella. Pero, ¿habrá cambiado? ¿Por qué? ¿Con qué motivo y propósito? ¿Estaría mintiendo? No sería la primera vez. Sin embargo, me enamoré nuevamente.

Calidez de Primavera. Felicidad. Sonrisas y diversión. Confianza ciega en Ella, como si nada hubiera ocurrido. ¿Ocurrió? No recuerdo. No, creo que no. Yo me sentía bien.

Y mintió. Nuevamente. Ahora recuerdo. Volvió a mentir...

La UNICA

Testigo de mis pecados, de mis virtudes, de mis defectos. Cómplice falso de mis fantasías, de los pensamientos más profundos, de mis silencios.

Compañera infiel que me delata frente a Ella, que expone mis debilidades, dejándome a Su merced.

Secretos que trato robarle a la Luna que nunca me dirá. Respuestas que busco en Su Estrella que nunca obtendré. Incertidumbres que intento transformar en certezas, que nunca llegarán a serlo.

Dejaré de extorsionarla, de observarla, de amenazarla cada noche. Dejaré de escaparme al balcón a clavar mis ojos en aquel círculo perfecto brillando en la oscuridad, esperando a que deje caer uno de Sus cabellos. Dejaré de pretender ser su amigo para que cuente algo de Ella y me someteré a la verdad de Sus ojos color esmeralda.

Será a través de las puertas del alma que conseguiré todo lo que quiero. Serán palabras, miradas o gestos los que me dirán lo que ansío saber. Será Ella quien me dará la seguridad de un futuro incierto a su lado.

“Preludio de un sueño hecho realidad...”

“Es Ella” , pensé. Es su todo. Es su presencia. Es su carácter. Es su porte. Es su tono al hablar, su voz. Es su sonrisa. Es su mirada. Es su respiración, ni lenta ni rápida, moderada. Es aquello que tiene que me cautiva. Es su esencia. Es su perfume.

Son sus modos. Son sus alegrías y tristezas. Son sus risas y sus llantos. Son sus lágrimas. Son sus sentimientos y pensamientos. Son sus resentimientos. Son sus congojas. Son sus ideas. Son sus palabras. Son sus más mínimos detalles, imperceptibles al ojo de cualquiera, pero no al mío, porque, definitivamente, es Ella. Son sus movimientos, no me los quisiera perder por nada en el mundo. Son sus ojos claramente amarronados, con una pizca de eso y una gota de aquello: el complemento del suplemento.

“Es Ella” , volví a pensar. Y lo aseguré. Y me aseguré de haberlo asegurado. De hecho, estaba seguro. Es Ella el por qué de mi felicidad, de mi contento. Es Ella la causa de mi más profundo afecto, porque, si hay algo que no me falta, son sentimientos.

Moriría por verla vivir. Quedaría ciego por saber que ve con claridad. Mataría a cualquiera que la lastime. Daría todo por su bien. Sólo porque es Ella.

A su lado, nada tiene importancia. Ella es luz. Ella es esperanza. Ella es bondad. Ella es sensibilidad. No sería nada sin Ella. Ella es vitalidad. Ella es sinceridad. Ella es confianza. Ella es lealtad. Ella es fidelidad. Ella es admiración. Ella es adoración. Ella es comprensión. Ella es dulzura. Ella es ternura. Ella es respeto. Ella es educación. Ella es conocimiento. Ella es valores.

Es minúscula cualquier cosa comparada con Ella. Ella es tierra. Ella es cielo. Ella es fuego. Ella es agua. Ella es amor. Ella es cariño. Ella es la estrella fugaz en la noche más oscura. Ella es verano. Ella es otoño. Ella es invierno. Ella es primavera. Ella es arcoiris. Ella lo es todo.

No basta decir lo que hasta aquí he expresado para demostrar todo lo que por Ella siento. No me alcanzaría el tiempo del universo para hacerlo. No me alcanzarían las letras, las palabras, las más extensas oraciones, los alfabetos, los idiomas. Simplemente, es tan posible como imposible. Y esa imposibilidad es la que impulsa a que lo intente hacer. Y aunque se que no lo lograría siquiera viviendo toda la eternidad, lo seguiría intentando, porque querer es poder. Porque creer es poder. Porque poder es hacer. Y porque hacer es creación. Y creación es acción, no reacción.

"Es Ella" , me volví a recitar. Cerré los ojos y dormí profundamente, mientras su voz me decía "Yo también" , repitiéndose como un eco infinito en mi mente. "Yo también..."

Tiempos Modernos

¿Dónde han ido los niños jugando con sus madres?
¿Dónde se encuentran las parejas caminando en la plaza?

¿Es que ya no existe el amor?

¿Se han perdido los valores?

¿Estaré viviendo un sueño?

¿Cuándo despertaré?

¿Por qué la gente no ama?

¿Por qué todo ha cambiado tanto?

¿Seré sólo yo?

¿Habrá otros que piensen lo mismo?

Y si los hay,

¿Dónde están?

¿Por qué una amistad es una futura traición?

¿Por qué no existe la estabilidad?

¿Por qué la pobreza?

¿Por qué la discriminación?

No encuentro respuestas a estas preguntas.
Por más tiempo que piense, no las encuentro.

Sólo veo egoísmo.

Sólo veo egocentrismo.

Una nube negra ronda mi ventana.

Color avaricia.

Color maldad.

Color vacío.

¡Increíble!

¿Será verdad?

¿Será posible?

¿Por qué no?

Algo brilla en la oscuridad.

Se ve claro, como una estrella.

Lo puedo ver.

Todavía hay esperanza.



Muchos hablan de fantasmas sin siquiera conocerlos. Hablan de espíritus, de apariciones, de espectros, cuando jamás han visto uno. Dicen que causan terror a quien se le cruza en el camino. Llevan mantos blancos como la espuma de la bestia más rabiosa, llevan cadenas metálicas, oxidadas, cuchillos y espadas llevan. Y el antiguo candelabro con velas, alumbrando la oscuridad que producen a su paso. Cegados por su maldad andan por la vida, espantando a diestra y siniestra, sólo porque el diablo tomó sus almas. Mentira.

Yo soy un fantasma y jamás atemorice a nadie, sólo quise hablar, expresarme y ser escuchado. Yo soy un fantasma y jamás colgaron de mí dichas cadenas metálicas y oxidadas; sí llevo conmigo la idea de libertad. Yo soy un fantasma y jamás empuñé tales cuchillos ni espadas para atacar a nadie; sólo las llevo entre los dientes para devolver todas las ofensas recibidas, puesto que fui herido innumerables veces. Yo soy un fantasma y de ciego tengo la cara, pero veo bien todo lo que a mí alrededor ocurre. Yo soy un fantasma y jamás llevé sobre mí tal manto blanco como la espuma de la bestia más rabiosa, sólo cargo con mis penas, mis enojos, mis tristezas. Aquel que diga aquellas atrocidades de mí, no ha de entenderme, no ha de conocerme, no sabe quién soy, no sabe cómo soy. Sólo yo lo sé.

La Historia Continúa

No me alcanza la vida
Para que lo sepa.
No me alcanza el infinito
Para que lo comprenda.

Es tan poco el tiempo que tengo
Que no alcanza ni para decir "Te Quiero".
Es tan poco el tiempo que queda
Que no alcanza ni para despedirme con un beso.

Quisiera decírselo
Pero no puedo.
Desearía expresarlo, dejarlo salir
Pero en el imposible me veo.

Un abrazo, un beso.
Una simple muestra de afecto.
Agarrarle la mano y caminar
Pero ni para eso hay tiempo.

Las agujas se mueven
Siempre en un mismo sentido.
Al reloj maldigo
Siempre será mi enemigo.

En ella pienso todo el día.
Desde que empieza hasta que termina
Pero no termina y vuelve a empezar.
Y sin tiempo vuelvo a quedar.

La frialdad que antes sentía
Se encuentra desaparecida.
El desierto en el que estaba perdido
Se tornó en un mar repleto de ternura.

La aridez que me rodeaba
Se esfumó, no la percibo.
Días soleados, sin lágrimas
Sonrisas y alegría veo.

Siento amor, afecto, cariño
Satisfacción y bondad siento.
Pero lo que ahora falta y no tengo
Lo que ahora escasea y no veo, es...

Tiempo.

Aquel 9 de Julio...

“Sin la menor advertencia se habían abatido sobre el Gran Buenos Aires, aniquilando en segundos casi toda la vida. Cuanto tocaran aquellos misteriosos copos, perecía...” .

Héctor G. Oesterheld, *“El Eternauta”*.

Esa noche, Manuel no había podido dormir, debido al frío mortal que azotaba la ciudad. Cuando el primer haz de luz de la mañana se escabulló por la ventana de Felipe, él tenía que descansar, ya que a la mañana su padre lo levantaría a trompadas para que el joven de 12 años abriera lentamente los ojos y, con un poco de esfuerzo, se incorporara. En la mañana, cuando se despertó, tenía que ir a trabajar y a mendigar por la calle. Debía traer algo de dinero para poder comer y, en ese momento, recordó que era feriado y se preguntó por qué diablos se había levantado así, mantener a su familia, compuesta por su padre, su madre, sus dos hermanas de tan temprano. Quizás había sido el frío polar que hacía en esa habitación, o el sol que, a las cinco y ocho años y su hermano de tres años. Todos ellos intentaban colaborar, ya sea tímidamente, comenzaba a salir. “Es feriado y yo levantado como si fuera un día de pidiendo monedas en la calle, lustrando zapatos, limpiando vidrios, recolectando en el colegio. ¡Qué desperdicio!”, pensó. Inmediatamente, se acostó, se cubrió con las cosas que pudieran llegar a servir. Manuel valoraba los esfuerzos de su familia. A las seis se levantó, se puso las sábanas hasta el cuello y se volvió a dormir. A pesar de todo, los quería.

Esa mañana, el padre de Manuel lo levantó con menos agresividad de lo habitual y le dijo: “Arriba Feli”, le decía la madre al oído, mientras le acariciaba suavemente la cabeza. “Ya ordenó que fuera a traer dinero de cualquier forma, siendo que debían conseguirlo antes de las diez de la mañana. Vamos a desayunar”. Descansado y con un poco más de dinero y leña para quemar y, así, calentar la humilde vivienda. El frío era atroz.

energía que a las seis de la mañana, se levantó y bajó a desayunar. Era inhumano el frío. Además de no haber podido dormir en toda la noche, además de haber tenido que levantarse temprano, como era habitual, Manuel comenzaba a sentir sus partes del cuerpo congeladas, inmovilizadas por el frío. En realidad, ya no las sentía. Se frotaba las manos con rapidez para generar calor, pero era inútil. El frío era muy intenso. Como a comer las tostadas con dulce de leche. Justo cuando estaba terminando la última, sonó el teléfono. Era su mejor amigo, Juan, quien lo invitaba a almorzar a su casa y a pasar la tarde allí. El día cada vez se ponía mejor.

Vestido muy miserablemente, con una remera de manga larga sucia y un buzo tan viejo como precario, caminaba por las heladas calles de Buenos Aires, pidiendo monedas a la cuenta el terrible frío que hacía, se puso una polera, una remera térmica, un buzo polar, una bufanda, un gorrito de tela y una campera que, un par de años atrás había usado le decían que no llevaban dinero consigo (cosa que Manuel no creía, pero él agradecía para esquiarse). Se lavó los dientes y la cara, se peinó, bajó las escaleras, entró al garage, de todas maneras; la mayoría, simplemente, no le prestaba atención y unos pocos subió al auto y la madre lo llevó hasta la casa de su amigo, Juan Tenorio. Al llegar, Juan llegaron a gritarle cosas como: “¡Negro cabeza, salí de acá!”. Si había algo que a y su madre los recibieron. “¿A qué hora lo paso a buscar?”, preguntó la madre de Manuel le molestaba era que lo trataran de “negro”, “villero”, “cabeza”, o palabras semejantes. “Alrededor de las siete estaría bien, Ana”, respondió la mamá de Juan. Entraron a la casa, comieron un delicioso guiso de lentejas, acompañado de un pan casero recién para comer?”, se preguntaba. A pesar de que no entendía demasiado a la sociedad en la

horneado. En otras palabras, saciaron su apetito. Miraron la tele, jugaron con la que vivía o, mejor dicho, de la que se encontraba excluido, Manuel clasificaba a la gente computadora y la consola de videojuegos de Juan, puesto que no podían salir al parque, según su mirada y tono de voz. Si veía que la persona lo miraba directamente a los ojos debido a la terrible helada. Alrededor de las seis y media de la tarde, la madre de Juan y su tono de voz era suave y amable, entonces, según Manuel, esa persona era buena. los llamó a merendar. Justo cuando Felipe agarró su taza, miró por la ventana y quedó De lo contrario, la persona tendría sentimientos de maldad o no sería acreedora de boquiabierto: estaba nevando. Ninguno de los allí presentes podía creer lo que veía. buenas intenciones. En sus doce años de vida, sólo muy pocos seres humanos le habían ¿Nevando en Buenos Aires? Imposible. Hacía más de medio siglo que no nevaba en la brindado cariño, afecto, un trato cordial, contención; sólo muy pocos lo habían tratado ciudad. Parecía una película: los chicos jugando en el parque, tirándose bolas y armando cálidamente, entre ellos, su madre, a quien más amaba en su vida. muñecos, adornándolos con algunas de sus prendas. “El mejor día de mi vida”, pensó.

Ya habían pasado de las dos de la tarde y Manuel no había almorzado, hacía un frío Volviendo para su casa, Felipe contó a su madre cómo lo había pasado en la casa de atroz y el poco dinero que tenía lo debía llevar a su hogar. Comenzaba a entender que su Juan y charlaron un buen rato sobre la increíble nevada. situación no mejoraría.

Cerca de las seis y media de la tarde, Manuel se sentía demasiado cansado para seguir Alrededor de las diez de la noche, Ana llamó a cenar a su hijo y esposo, quienes todavía caminando por la calle, pidiendo a cuanta persona se le cruzara. Estaba seguro de que jugaban a la guerra de nieve en el parque. Se sentaron en la mesa, prendieron la tele y era el frío. De repente, todo comenzó a darle vueltas y las imágenes comenzaron a ser todavía estaba puesto el canal de las noticias. Mientras Ana servía el pollo al horno que difusas. Sentía pequeñas gotas heladas que recorrían su cuerpo, pero no veía nada. había cocinado, se escuchó la voz del periodista anunciando: “Debido al frío y a la Había comenzado a nevar y, mareado, se empezó a tambalear. Cayó al piso desmayado.

intensa nevada, un joven de doce años de edad, murió de hipotermia hace
Cuando despertó, estaba acostado en una cama, aparentemente de un hospital y su
aproximadamente una hora en el Hospital Garrahan”. Felipe miró a sus padres y, con
madre estaba sentada en una silla. Manuel le pidió que se acercara y le susurró al oído:
una mueca de dolor, dijo: “Buenas noches mami, buenas noches papi. Mañana hay
“Tengo frío. No siento ninguna parte de mi cuerpo. Me cuesta respirar.
colegio. Tengo sueño. Me voy a acostar. Me estoy durmiendo...”.
Me estoy muriendo...”.